
Carlos Iván Degregori

SOCIEDAD RURAL Y VIOLENCIA POLÍTICA: LOS NUEVOS ESCENARIOS

Hablar de violencia y sociedad rural implica trazar un límite en cierta medida arbitrario, porque es difícil separar hoy en el Perú ciudad y campo, sociedad urbana y sociedad rural. A pesar de ello, dada la naturaleza de este seminario, el presente ensayo traza ese límite, y se refiere sobre todo a la violencia social y política en las zonas rurales andinas.

Indagar sobre los nuevos escenarios de la violencia requiere remontarse por lo menos al escenario inmediatamente anterior, a los años 60 y 70, para encontrar allí causas, continuidades y rupturas¹. Al hacerlo observamos que antes de 1980, año en que Sendero Luminoso inicia sus acciones armadas, existía por cierto un alto grado de violencia en el campo peruano. No sólo violencia estructural –pobreza, injusticia, explotación, opresión, desprecio étnico, racismo, humillación–, sino también violencia social y política, aunque con diferencias regionales y temporales muy marcadas. Más aún: la violencia no se ejerce sólo entre dominadores y dominados, sino que se hace presente también en conflictos intracampesinos e intercomunales, entre poblaciones de puna y valle, entre ganaderos y agricultores.

En general, cuando el campesinado ejercía violencia esta llegaba a la muerte sólo en última instancia. En este mismo volumen, Remy hace referencias al caso Huayanay. Gálvez², por su parte, al estudiar el derecho consuetudinario en las comunidades campesinas, describe un largo y denso proceso de negociaciones y búsqueda de consensos en

1. En la primera parte de este ensayo retomo argumentos desarrollados en una ponencia presentada al SEPIA IV, titulada «Campesinado y violencia: Balance de una década de estudios».

2. GÁLVEZ, M.: «El derecho en el campesinado andino del Perú», en D. García Sayán, editor: *Derechos humanos y servicios legales en el campo*. CAJ/CII, Lima, 1987.

el cual se trata de reintegrar al comunero que transgrede las normas al seno de la comunidad, antes de ejercer violencia contra él. Cuando la violencia se dirige contra alguien que no es campesino, se trata sobre todo de abigeos o autoridades locales. Sin embargo, todas las violencias previas resultan juego de niños comparadas con la que se desata en la década de 1980.

Valderrama y Escalante, dos antropólogos que vivieron largo tiempo entre los abigeos de Cotabambas (Apurímac), área de los *ccorilazos*, idealizados por sus costumbres y sus fiestas violentas en la literatura indigenista, se refieren así a los cambios:

«En años recientes la zona cambió a raíz de la incursión de las columnas de Sendero Luminoso en varios poblados de Cotabambas. Mataron a gringos, gamonales y abigeos, declarando así su guerra. Inmediatamente después, patrullas del Ejército peruano se hicieron presentes en la zona provocando el fenómeno de militarización que va despoblando de comunidades nuestro país. Estas comunidades de abigeos, *lajas o suas*, que en esencia son campesinos arraigados a sus tierras, a su ganado, que tienen a su familia con ellos, vivieron entre el fuego cruzado de bandas móviles, hombres armados profesionales en una guerra que produce bajas en ambos bandos pero que diezma principalmente a la población de la zona. Grupos íntegros de abigeos han sucumbido a manos de SL y otros tantos han desaparecido en las bases militares de Qolliurqui, Mara y Huaquira.»³

El contraste, sobre todo con las décadas de 1960 y 1970, es notorio. Esa es la época de auge de la organización y movilización campesinas, en la cual los estallidos de violencia esporádicos y aislados ceden ante el inicio de una «larga marcha» de organización y lucha por derechos básicos como tierra, escuela, derechos ciudadanos o la propia migración a las ciudades. Paradójicamente, o quizás por ese mismo proceso de organización, en esos años la violencia disminuye en los Andes.

Menciono dos cifras. Entre 1958 y 1964 tuvo lugar en este país el movimiento campesino más importante de América del Sur de esa época. «Tierra o muerte» fue el lema tras el cual centenares de miles de campesinos recuperaron centenares de miles de hectáreas. Era la época del joven Hugo Blanco en La Convención, la época que inspira las novelas de Manuel Scorza sobre la sierra central. En los movimientos campesinos de todos esos años fallecieron sólo 166 personas⁴; menos que en los primeros diez días de agosto del presente año.

En los años 70 se desata otra oleada de movilizaciones, ya no sólo rurales sino también urbanas. Son movimientos regionales, sindicales, barriales, que culminan en dos grandes paros nacionales en 1977 y

3. VALDERRAMA, R. y ESCALANTE, C.: «Nuestras vidas (abigeos en Cotabambas)», en Aguirre y Walker, editores: *Bandoleros, abigeos y montoneros. Criminalidad y violencia en el Perú, siglos XVIII-XX*. IAA, Lima, 1986.

4. GUZMÁN, V. y VARGAS, V.: *El campesinado en la historia. Cronología de los movimientos campesinos 1956-1964*. IDEAS, Lima, 1981.

1978. Para referirnos estrictamente al campo, entre los años 74 y 79 decenas de miles de campesinos recuperan decenas de miles de hectáreas, y el número de muertos es siete⁵.

El escenario de los 80 es, pues, realmente nuevo. Sin embargo, no surge de la nada, no aparece de repente como un hongo después de la lluvia. Quisiera referirme a una sola de las múltiples causas que explican esta mutación⁶: el relativo vacío de poder en el cual germina esta nueva violencia.

Luego del fracaso de la reforma agraria, que con la creación de SAIS y CAP revirtió la tendencia principal a la parcelación de latifundios y avance de la economía campesina, se produce un repliegue del Estado en el campo. Este se agudiza con la crisis económica que coincidentemente se inicia en la segunda mitad de los años 70. Ya para entonces los terratenientes y parte de los poderes locales tradicionales también se habían retirado o habían visto su poder resquebrajado. Conforme avanza la nueva década, las empresas asociativas surgidas de la reforma agraria quedan como desperdigadas guarniciones semiabandonadas y desmoralizadas en medio del relativo vacío de poder que va dejando dicho repliegue.

En esa coyuntura, diversos actores se lanzan a cubrir ese vacío relativo. En algunos valles de la costa o zonas como Arequipa, son burguesas agrarias las que tratan de hacerlo. En otras partes son nuevos poderes locales. En zonas de Cajamarca, por ejemplo, se produce una alianza de comerciantes, abogados, policías y abigeos. Pero contra estas u otras alianzas similares compiten organizaciones campesinas: federaciones departamentales, federaciones de rondas. A llenar ese vacío concurren también en diferentes lugares ONG, iglesias, partidos de izquierda, narcotraficantes, Sendero Luminoso. De la forma en que estos actores existan, se enfrenten o se coaliguen entre ellos, dependerá el perfil de los nuevos poderes y también en buena medida el grado y el carácter de la violencia en una determinada región.

Surgen así escenarios ya clásicos para los análisis de la década de 1980, como el que configuran las rondas campesinas de Cajamarca y

5. GARCÍA SAYÁN, D.: *Tomas de tierras en el Perú*. DESCO, Lima, 1982.

6. Otros trabajos estudian con mayor amplitud las causas del fenómeno. Véase, entre otros: FAVRE, H.: «Sendero Luminoso, horizontes oscuros», en *Quehacer*, N° 31. DESCO, Lima, octubre de 1984, pp. 25-34; DEGRGORI, C.I.: «Sendero Luminoso: I. Los hondos y mortales desencuentros. II. Lucha armada y utopía autoritaria». Documentos de trabajo N° 4 y 6. IEP, Lima, 1985; *Qué difícil es ser Dios. Ideología y violencia política en Sendero Luminoso*. El zorro de abajo ediciones, Lima, 1989 y *El surgimiento de Sendero Luminoso. Ayacucho 1969-1970: Del movimiento por la gratuidad de la enseñanza al inicio de la lucha armada*. IEP, Lima, 1990; GRANADOS, M.: «El PCP Sendero Luminoso: Aproximaciones a su ideología», en *Socialismo y Participación*, N° 37. CEDEP, Lima, marzo de 1987, pp. 15-36, así como MANRIQUE, N.: «La década de la violencia», en *Márgenes*, N° 5. SUR, Lima, 1989, pp. 137-182.

Piura, o el caso de Puno, estudiado por Rénique⁷. Allí, lo que él llama «bloque pro-comunero» incluye no sólo la Federación Departamental Campesina sino también clases medias urbanas, partidos políticos, ONG, la iglesia del sur andino. Ellos se enfrentan a otro bloque que tiene como punta de lanza a los gerentes de las empresas asociativas. En la zona del Huallaga son los narcotraficantes los que imponen su presencia a sangre, fuego y dólares. En otras zonas es SL. Voy a referirme a este último actor.

Sendero significa una ruptura con respecto a la tendencia principal de desarrollo de la sociedad rural, especialmente del campesinado, que alcanza su auge en los años 60 y 70. Pero al mismo tiempo, significa en cierta medida continuidad y superación cualitativa de la vieja cultura de mistis y gamonales. Una serie de rasgos como los castigos corporales, las latigueras, los cortes de pelo que SL realiza en las zonas en las cuales va construyendo su poder, son heredadas del viejo poder misti, cuyo autoritarismo se potencia con la adopción del marxismo-leninismo-maoísmo (m-l-m).

En efecto, ambas tradiciones se refuerzan mutuamente. El m-l-m le da la posibilidad a esas capas mestizas provincianas de dotarse del proyecto nacional que nunca tuvieron, salvo embrionario y efímeramente luego de la guerra con Chile⁸. El m-l-m le da nuevos bríos a una antigua intelectualidad mestiza provincial que existía por lo menos desde los años 20 de este siglo. En esos tiempos había asumido más bien posiciones indigenistas⁹. A partir de los años 50 y 60, muchos de esos intelectuales adoptan el marxismo. Uno de esos núcleos, el más orgánico, es el grupo ayacuchano que da origen a SL. Por otro lado, la tradición gamonal le da a esa vertiente m-l-m la posibilidad de establecer lazos con las poblaciones campesinas andinas, aprovechando sus aspectos más autoritarios, los reflejos aún subsistentes de sumisión a un poder vertical. De esta forma, SL se convierte verdaderamente en una nueva etapa del marxismo, que potencia los aspectos más autoritarios de las anteriores.

Sin embargo, tampoco habría que recalcar demasiado en su originalidad. Ahora que se han derrumbado los llamados socialismos reales, ha podido verse con claridad cómo la vertiente estalinista que se impuso en Europa Oriental significaba en grado importante la restauración, bajo formas aparentemente nuevas, de las viejas estructuras imperiales zaristas, o de recentralización del poder Han en el caso de

7. RÉNIQUE, J. L.: «La batalla por Puno. Violencia y democracia en la sierra sur», en *Debate Agrario*, Nº 10. CEPES, Lima, enero-marzo de 1991, pp. 83-108.

8. Véase MANRIQUE, N.: *Yawarmayo: Sociedades terratenientes serranas, 1879-1910*. DESCO, Lima, 1988.

9. Véase el artículo de REMY, M.I. en este volumen. También, POOLE, D.: «Ciencia, peligrosidad y represión en la criminología indigenista peruana», en Aguirre y Walker, ob. cit.

China. En otras palabras, la revitalización de antiguas estructuras en crisis y un rechazo a la modernización¹⁰.

En nuestro caso, SL constituiría una reacción brutal frente a un proceso de modernización muy acelerado de sectores mistis de la sociedad provinciana andina, que tratan de restaurar aspectos fundamentales de la situación anterior a las grandes movilizaciones campesinas que resquebrajaron el orden tradicional. Me refiero a lo que Portocarrero¹¹ llama la «dominación total», lo que Cotler¹² denominaba «triángulo sin base». Es decir, la dominación de los gamonales sobre campesinos sin lazos políticos entre ellos. Si tuviésemos que definir las últimas décadas podríamos verlas como la cerrazón de la base del triángulo a partir de la multiplicación de organizaciones horizontales que agrupan a las poblaciones campesinas. SL las desconoce y trata de quebrarlas o someterlas para que todo pase por el partido que «lo decide todo», como antes lo hacían los viejos gamonales.

Esta reacción brutal contra la modernización se da entre los sectores menos aptos de la sociedad provinciana andina para incursionar ventajosamente en el mercado. Golte y Adams¹³ estudiaron migrantes llegados a Lima de diferentes zonas del país. Entre ellos los de Asillo (Puno). Los autores siguen a los mistis y a los indios que migran de Asillo y constatan la desazón y desesperación de los primeros cuando ven que, ya en la capital, los indios tienden a ser mucho más flexibles y aptos para incorporarse favorablemente al mercado, mientras ellos se quedan como pequeños empleados, dependientes que, en medio de la crisis, van viendo cómo sus ingresos se deterioran mientras los antiguos indios incursionan con variada fortuna en lo que De Soto ha llamado «el otro sendero».

Los menos aptos resultan los más atemorizados por el proceso de modernización. En el caso específico de la dirección originaria de SL, son los que Weber llamaría *literati*¹⁴: maestros y profesores universitarios que, frente a la élite criolla y especialmente limeña, extrovertida, trasnacionalizada, se sienten más nacionales, más «auténticos». Por otro lado, frente a la población campesina indígena se sienten más capaces, más instruidos y, por tanto, con el derecho y el deber de llevarles la luz, de mostrarles el Sendero Luminoso. Más aún: tienen la necesidad de hacer alianza con ellos para su enfrentamiento con las élites criollas. Si nos aventuramos todavía más en el terreno de las

10. Véase PELLICANI, L.: «El comunismo y la modernización», en *Leviatán*, II Época, N° 43-44. Primavera-verano de 1991, pp. 93-106.

11. PORTOCARRERO, G.: «La dominación total», PUC, Lima, 1984 (mimeo).

12. COTLER, J.: «La mecánica de la dominación interna y del cambio social en el Perú», en *Perú Problema*, N° 1. IEP, Lima, 1969, pp. 153-197.

13. GOLTE, J. y ADAMS, N.: *Los caballos de Troya de los invasores. Estrategias campesinas en la conquista de la gran Lima*. IEP, Lima, 1987.

14. Debo esta sugerencia a Julio Cotler.

elucubraciones, esta podría ser una larga historia cuyo primer antecedente sería el de Gonzalo Pizarro casándose con una princesa inca y tratando de establecer en el Perú un reino en el cual, bajo dirección de los conquistadores, se otorgue un papel destacado a las élites indígenas.

Sin embargo, después de los cambios democráticos producidos en el campo, no pueden presentarse como mistis que desean una alianza con los indios, como podía suceder en los años 20¹⁵. En ese sentido, el m-l-m les ofrece una salida bastante airosa. Bajo el barniz de la alianza obrero-campesina, los viejos mistis regresan convertidos en proletarios a aliarse con los antiguos indios convertidos en campesinos o migrantes. No son literalmente los mismos viejos mistis, así como Stalin no era un Romanov tratando de recuperar su corona. Sin embargo, la estructura final es parecida y quizás eso explique una de las incógnitas de SL, que es su silencio sobre la dimensión étnica de la realidad peruana. No hay una sola línea en sus documentos oficiales sobre el problema étnico-racial en el Perú, y cuando escriben en *El Diario* sobre este tema es para insultar a «indigenistas llorones» como José María Arguedas¹⁶. Cuando en su accionar toman en cuenta elementos andinos, como el idioma quechua o la música, lo hacen de manera instrumental, estrictamente como herramientas para la mejor difusión de su línea política.

Lo sorprendente es que a pesar de la crisis, el bloqueo de la modernización y el desgaste del mito del progreso, hasta el momento esta reacción ante el proceso de modernización no llega a hacerse masiva. Dejemos entre signos de interrogación qué pasará de aquí en adelante. A diferencia por ejemplo de Irán, donde la utopía fundamentalista de los ayatolas se volvió de masas y vimos a jóvenes iraníes muriendo por millares en la frontera de Irak, en el Perú la utopía senderista se mantiene como utopía de cuadros. ¿Por qué?

Entre otras causas, porque la gran mayoría de la población rural ha seguido otro camino. En las décadas de 1950, 60, 70, en un contexto económicamente expansivo y socialmente muy poroso, ha estado luchando por mayor participación en el mercado, en la sociedad nacional y en el sistema político. Ese camino tiene las siguientes características: es un camino muy pragmático frente a la hiperideologización de SL. Es un camino de democratización social frente al autoritarismo extremo

15. He resaltado hasta aquí la dicotomía tradición-modernidad. Quisiera poner énfasis ahora en la dicotomía democracia-autoritarismo. Porque hace tiempo fueron superadas las polaridades lineales entre tradición y modernidad, con la aculturación como final feliz del recorrido. El propio SL resulta muy ambiguo, porque si bien, *de facto*, es una opción antimoderna, se autopercebe portador de «la ciencia del marxismo-leninismo», según ellos la más avanzada.

16. Véase J. C. F.: «Pensamiento Gonzalo: marxismo del nuevo siglo (VII)», en *El Diario*. Lima, 9.6.88, p. 12.

de SL. Un camino que opta por economizar la violencia, en comparación a SL que la exacerbaba explícitamente¹⁷.

Quiero referirme a una cuarta característica, y es que este camino mayoritario que sigue la sociedad rural es en todos los planos incluyente: a nivel social, cultural y simbólico; y también político. Es un camino muy sincrético, muy «impuro»¹⁸, en el sentido de que lo mezcla todo. Más que impuro, sin pecado original, como afirma Manuel Castillo¹⁹.

Esta vocación incluyente se refleja en la forma que adquieren las organizaciones sociales, es el signo que marca también el voto político²⁰ y se revela hasta en manifestaciones culturales como la religión, la música o la culinaria.

¿En qué medida esto tiene que ver con tradiciones muy antiguas? Urbano²¹ afirma que en el siglo XVI las poblaciones andinas mostraron una capacidad muy grande de comprender al Otro; no sólo de comprenderlo, sino de asimilar un conjunto de categorías tan abismalmente diferentes como las que trafan los europeos. Por otro lado, Richard Morse²² se refiere a la vocación política incluyente (católica) de los españoles en contraste con la vocación excluyente de los anglosajones en su colonización de la América del Norte. Constatar la validez de estas hipótesis está fuera de los límites de este artículo.

Quisiera referirme más bien al contraste con SL, que es un proyecto altamente excluyente, deuteronómico, preocupado hasta la sangre y la muerte por la pureza. Ellos solos contra el mundo. El ejemplo urbano de Raucana es prototípico. Ese asentamiento rodeado de muros es el ejemplo visual del nuevo Estado senderista.

¿Por qué surge esta opción excluyente? Considero que conforme el contexto económicamente expansivo y socialmente poroso se va cerrando, los que quedan fuera van reaccionado. En ese sentido, quizás los primeros en percibir los límites de la incorporación, en visualizarse excluidos, fueran ciertas capas de universitarios. Los canales de ascenso social se obturan en las universidades nacionales ya en los años 70,

17. El capítulo «La cuota» del libro de Gorriti (GORRITI, G.: *Sendero. Historia de la guerra milenaria en el Perú*. Tomo I. Editorial Apoyo, Lima, 1990) es muy ilustrativo al respecto. Basta, además, saber cuáles son los aportes que SL hace al marxismo según el propio SL. Ellos son la militarización de los partidos comunistas, la universalización de la guerra popular y la construcción de un comunismo de guerra en el Perú y luego a nivel internacional en las próximas décadas (PCP: «Documentos fundamentales del primer congreso del Partido Comunista del Perú (Congreso marxista, congreso marxista-leninista-maoista, Pensamiento Gonzalo)», en *El Diario*, 7-2-1988).
18. Véase DOUGLAS, M.: *Pureza y peligro: Un análisis de los conceptos de contaminación y tabú*. Siglo XXI ed., Madrid, 1973.
19. CASTILLO, M.: «Comentario a 'Conquistadores de un nuevo mundo. De invasores a ciudadanos en San Martín de Porres'», en *El zorro de abajo*, N° 7. Lima, junio de 1987, p. 72.
20. DEGREGORI, C. I. y GROMPONE, R.: *Elecciones 1990. Demonios y redentores en el nuevo Perú. Una tragedia de dos vueltas*. IEP, Lima, 1991.
21. URBANO, H.: «Modernidad en los Andes: Un tema y un debate», en H. Urbano, compilador: *Modernidad en los Andes. Debates Andinos N° 17*. Centro Bartolomé de Las Casas, Cusco, 1991.
22. MORSE, R.: *El espejo de próspero*. Ed. Siglo XXI, México, 1983.

a partir de las leyes del gobierno de Velasco. Se da entonces lo que Lynch²³ llama «masificación sin proyecto». Hoy somos el tercer país con desocupados con título universitario en todo el mundo. Quizá sea entre estas capas intelectuales, entre esos jóvenes con educación superior al promedio donde comience a sentirse primero la exclusión. SL, ubicado en Ayacucho, en la universidad más incongruente porque es la más moderna de provincias ubicada en una de las zonas más arcaicas, olfatea esa base social y la trabaja.

Aquellos que avanzan por la vía pragmática tienen un conjunto de mecanismos para persistir en la incorporación todavía en los 70 e incluso en plena crisis en los 80. Primero están las tomas de tierras, la reforma agraria y la migración a las ciudades o a la selva; luego la expansión del cultivo de coca y el *boom* del narcotráfico. Paralelamente la «informalidad», los microempresarios y, en épocas más recientes, las organizaciones femeninas llamadas «de supervivencia». Si bien las puertas se van cerrando, subsisten durante largo tiempo canales y esperanzas.

Sendero recluta entonces fundamentalmente entre jóvenes con educación superior al promedio, convalidando las tesis de Henri Favre²⁴, quien afirmaba que la columna vertebral de SL estaba compuesta por intelectuales mestizos y por jóvenes «descampesinados y desindianizados». Este perfil está corroborado por un estudio de Denis Chávez²⁵ sobre los inculpados por terrorismo en las cárceles de Lima.

También estas capas buscan, a través de SL, ascenso social; no por la vía del mercado, sino por la vía del «nuevo» Estado²⁶. Por otro camino, buscan «superarse», palabra muy peruana. Y logran enraizarse o tener influencia en sectores campesinos con poca tradición de organización democrática. Logran éxito en tanto enfrentan contradicciones que afectan al campesinado: tierra en algunas zonas, abusos de comerciantes o de poderes locales; y en tanto imponen un orden autoritario. Pero incluso en zonas con poca tradición democrática el límite llega, primero cuando ese orden se impone de manera extremadamente violenta; segundo, cuando quieren organizar la economía de acuerdo con sus planes de «comunismo de guerra».

Es entonces que SL entra en contradicción con la lógica de reproducción del campesinado y se producen una serie de reacciones. La primera de ellas es la migración a las ciudades. La segunda, que crece en los últimos años, es la organización de «comités de defensa civil»,

23. LYNCH, N.: *Los jóvenes rojos de San Marcos. Radicalismo universitario de los años 70*. El zorro de abajo ediciones, Lima, 1990.

24. FAVRE, H.: «Sendero Luminoso», ob. cit.

25. CHÁVEZ, D.: *Juventud y terrorismo. Características sociales de los condenados por terrorismo y otros delitos*. IEP, Lima, 1985.

26. Véase DEGREGORI, C. I.: «Ayacucho 1980-1983: Jóvenes y campesinos ante la violencia política», en H. Urbano, editor: *Poder y violencia en los Andes*. Centro Bartolomé de Las Casas, Cusco, 1991.

en vinculación más o menos estrecha con las FF.AA. En los años 83-84 las FF.AA. habían tratado de organizar esos comités, pero fracasaron por la forma sumamente impositiva como se quisieron implantar, y porque el campesinado no los sentía como una necesidad²⁷. A partir de 1989, en muchos casos los comités se organizan por iniciativa campesina.

Queda planteada una pregunta: en qué medida SL impacta en el imaginario campesino. Hemos dicho que se enlaza con los aspectos más autoritarios de ese imaginario: el clientelismo, la necesidad de protección y de intermediación. SL aparece como un patrón bueno, imponiendo un orden muy moralista, muy «tradicional»: castigando al marido infiel, al alcohólico, etcétera.

Con la crisis hay dos rasgos de las sociedades rurales precapitalistas que afloran con fuerza y deberían favorecer a SL. Uno es lo que Foster llamó «la imagen del bien limitado». Según esa visión, los bienes de una sociedad serían como una torta constante. Entonces, si alguien aparece con más bienes que el promedio, quiere decir que está quitándole su parte a otro(s). Surgen así la envidia, la cerrazón sobre sí mismos y otros mecanismos de «nivelación hacia abajo», que encajan netamente con el «comunismo de guerra» que propugna SL y con lo que he llamado «paranoia funcional»²⁸: una desconfianza generalizada que es parte constitutiva de SL y que de alguna manera ha permeado hasta el lenguaje popular donde ahora, por ejemplo, la palabra «soplón» es muy usada.

Sin embargo, sorprendentemente, la nivelación hacia abajo y la paranoia funcional no alcanzan en el campo la fuerza suficiente como para volcar a la población masivamente a favor de SL. Parecen tener un mayor potencial en los sectores urbanos de pobreza absoluta, especialmente en Lima, entre los hijos de la crisis, sin futuro. En el imaginario campesino, sorprendentemente, parecerían resistir mejor los viejos mitos: la educación, el progreso. Sólo una investigación empírica podría corroborar la validez de estas afirmaciones.

FUTUROS ESCENARIOS POSIBLES

El peor escenario sería un genocidio a la guatemalteca. Por el perfil social y étnico de nuestro país, una escalada de violencia sería aquí mucho más parecida a la que tuvo y todavía tiene lugar en Guatemala, que a lo que sucedió en el Cono Sur en los 70. Influyen a favor de este escenario la incapacidad del Estado, la deslegitimación de los partidos

27. Es necesario explicitar que durante largos años SL ha mantenido presencia en zonas rurales como Ayacucho, entre otras causas por el accionar de las FF.AA. Mientras SL «tiene mil ojos y mil oídos», la Fuerza Armada, sobre todo en los primeros años, era ciega y reprimía indiscriminadamente.

28. Véase DEGREGORI, C. I.: *El surgimiento de Sendero Luminoso*, ob. cit.

y la erosión de las organizaciones sociales. Influyen en su contra el contexto internacional, la capacidad de reacción que a pesar de su debilidad muestran todavía las organizaciones sociales y también el propio perfil del ejército peruano, que a pesar de violar los derechos humanos carece, felizmente, de un proyecto genocida hegemónico como el que tenían las FF.AA. de Argentina, Chile o Guatemala hace alrededor de quince años; y de un liderazgo dispuesto a llevarlo a la práctica.

Una segunda posibilidad es la prolongación de la situación actual. Una mezcla de liberalismo económico y militarización creciente, con unas FF.AA. que retoman en cierta manera la propuesta del general Huamán, jefe del comando político-militar de Ayacucho en 1984; una mezcla de asistencialismo, paternalismo populista y represión. Ante lo que Americas Watch llamaba ya en 1984 «abdicación de la autoridad democrática» por parte del Estado, y ante el colapso de los partidos políticos, esto lleva a la resurrección desfigurada de lo que en la época del gobierno del general Velasco (1968-75) se llamó «binomio pueblo-Fuerza Armada». Es lo que tenemos *de facto* en aquellas zonas rurales donde proliferan los «comités de defensa civil». Por ausencia de mediadores, la sociedad rural organizada, o lo que queda de ella, o lo que se va recomponiendo ya en lucha contra SL, se vincula directamente con las FF.AA. Este escenario produce un clima general autoritario que revierte, al menos en parte, el proceso de democratización de las décadas previas.

El tercer escenario, el más difícil, sería la puesta en práctica de una estrategia de pacificación democrática; que coloque la conducción de la lucha contra SL en manos del gobierno civil y otorgue un papel fundamental a los gobiernos locales y organizaciones sociales. Ello implica una reorientación del programa económico de modo que, como mínimo, incluya la variable guerra en sus objetivos y en sus cálculos y se preocupe del agro en general y del agro andino en particular. Las posibilidades de esta alternativa pasan por la recuperación y renovación de los partidos, la consolidación de un sistema político y la forja de un acuerdo nacional sobre pacificación. Mientras ello no se logre, crecerá el gran vacío, el hueco negro en el cual SL sigue desarrollándose.